

Una gran desnudez asciende....

He aquí el mar. Rápidas colinas de vegetación brusca y antigua, garabatos negros de las vides abandonadas a la arena, agresividad aromática del romero, se sueltan sobre la bahía minúscula con dos playas gemelas como dos fuertes y finos senos; insensiblemente, desiguales. Enormes algarrubos de ramas retumbantes, pacíficos almendros, naranjos, limoneros, olivos duros y santos, cerezos, y esos árboles callados cuyos frutos robustos sólo comen los niños redondas y blandas "cerbes", "gínjols" más chicos, mínimos y negros "aranyons" — pueblan el paraíso vegetal que es el regazo de las colinas al caer sobre el mar, antes que, delicadamente, nazca la playa perfecta. Entre los olivos, cuando llega con el tiempo morado del tomillo la luz amarilla de la retama, asoman restos de humildes muros romanos.

Ahora una gran desnudez asciende como una luz por el tronco de muchos árboles, cuando el invierno tiznado y cegador alza un dibujo de cada cosa. La piedra es más piedra ahora, y es más madera el árbol cuando la savia retrocede; una gran pobreza se ha vertido como una red teñida que guarda el alma de las cosas y es la luz un mayor lujo.

Un caballo hincó su arado en la tierra y encierra un ritmo poderoso de ola en el oscuro destello de su sangre. También las barcas en la playa rosada y cálida, pintadas de colores mansos, como pájaros, son pedazos de ola que el mar, siempre tan cerca y de tan lejos, hubiese soltado y el sol hubiese tornado duros, secos y de madera.

Frente a la playa menor, el promontorio poderoso cierra obediente el otro lado de la bahía. El enjambre caliente de la luz se ha alzado exacto de la oscuridad y ejerce su peso deslumbrante en el blando espejo del agua. Por sucesivas estancias abiertas, el regazo verde y ocre de las colinas, la mancha de mar en la bahía, se alcanza sin esfuerzo, en un vuelo, el enigma móvil y silencioso del mar.

Así es este paraíso sin cercas donde remanso mi infancia. Aquí puedo volver de mi viaje por los años, a encontrar el principio y en él ese claro enigma final y salvador.

La memoria feliz de los tiempos me da en la cara como un aire viajero y pronuncio sin miedo el nombre del antiguo dios claro y agudo: Mediterráneo. Un solo golpe de sol da ahora sobre uno y otro extremo, desde Sunión a mi bahía. Y todo el silencio recluso de las edades del hombre se ha liberado aquí, en la presencia sonora de la luz, y ha aumentado su centelleo en el agua, en un clamor callado y sin objeto, como una resonancia. Una gran lucidez cegadora ha sumido la presencia dura de las cosas en un fondo donde son transparentes las opacidades.

Es el diario rito del mar incendiado. Un muro enorme de luz se alza como una divinidad pura y sin forma, y el paso alto del sol es una danza quieta y lejana. La playa se ha quedado parada, desnuda como un reloj de sol y las olas vienen, ausentes.

Estoy aquí y ya lo recuerdo como si todos los tiempos fuesen a la vez. Y son también ahora tiempos pasados que viven en las piedras y en la tragedia. Claras edades de hombres antiguos se aproximan hasta ser visibles a la mirada transparente. Todo es a la vez, sin fisura, inconsútil como la luz.

Edipo, el rey, ciego y tiznado como el invierno, y Antígona tenaz, en el destino que han hecho suyo; saben, ya re-

posados, el sentido de su mito. La tragedia necesaria se apoyó de ellos que la sirvieron sumisos; su lucha no fué zafarse del destino augurado sino alcanzarlo, hacerse a sí mismos augurio. Respondieron a la llamada de los dioses, y los dioses los inmolaron, venciendo su piedad o su simpatía, para que la historia siguiese, para que el hombre pensara en el hombre.

Como a un mar instantáneo, recuerdo al hombre. Heo aquí, invisible y hermano, que es decir distinto, que es decir también: yo mismo. Siento el sabor de edades de hambre, de necesidades, como el de un pan de comunión; y la historia pasa sobre él sin descanso, profunda. A veces parece que retrocede, que la historia es enemiga del espíritu. Pero siempre es su servidora. Quizá sólo sabiendo que así es, encontremos la fortaleza para que así sea.

En la quietud sin formas de la luz se imprime la sonrisa de la piedra de los kuroi, arcaicos, rígidos y jóvenes. Confiados. Desde una antigüedad remota y presente, los rostros enterrados durante siglos son un signo augur de esperanza; ellos nos reconocen desde su piedra, porque en ellos hemos reconocido una aurora de porvenir humano, un nuevo, más consciente renacimiento del hombre. Somos los herederos y la herencia hace nuestra labor más difícil pero también más posible.

El Nuros sonríe, y su enigma es certidumbre.

El sol ha empezado a caer y la tensión de la luz se ha marchitado imperceptiblemente; renacen los colores pequeños, como un coro, y pronto — los cielos son rápidos en invierno —, se perderán en el crepúsculo y la noche. Pero la noche es poderosa. una forja lenta donde las cosas son hechas nuevas para el nuevo día. El silencio dibujado en los árboles se enfría; el aire se ha puesto grana crepuscular. Pasa un barco negro, lejano, inmóvil casi como un reloj. El agua ha densificado su color total, como una viscera húmeda. Todo es quieto en su movimiento, remoto; pero, súbitamente, el barco suelta una humareda vertical y fina que una mano invisible de viento barre mansamente. El fogonero carga el hogar. Se inclina al reflejo encendido y la hélice gigante gira golpeando pedazos de agua enorme; por aquí pasan hombres. Queremos que los dioses hablen y los dioses no tienen voz; la perdieron cuando el hombre rompió a hablar para no olvidarlos.

Piedra feliz de los efesos sonrientes, gesto de clamor humano de aquellos cuyo destino fué augurado, pureza de luz en las formas mediterráneas que la luz pulió, son nuestra herencia.

Un nuevo humanismo amparará al hombre que descubre que forma parte de una gran necesidad, de un gran legado; no es posible no sentir alegría y fe, cuando sabemos y presentimos la belleza íntima del arte múltiple y uno, los esfuerzos de siglos de las religiones, la existencia verdadera del hombre. Y que la tierra es redonda, y que los hombres se tocan unos a otros, que todos somos solidarios.

El hombre ha aprendido la dificultad. Siendo ella cierta, es innegable aprenderla para ser con certeza humanos.

En el tiempo enigmático se marcan signos benévolos; finalmente el hombre empieza a reconocer al hombre y nada, ni tirandos absurdos, ni intereses dañinos, podrá prevalecer.

Entramos en una nueva y más grande patria; el hombre.

J. V. R.